

José Jerique
Desde Montecarlo: una visita a Blasco Ibáñez
(*El Fígaro*, 6-3-1919)

Un deber piadoso me trae a Montecarlo. Una vez cumplido el deber, aprovecho la breve estancia para hacer una visita a uno de los españoles que están haciendo fuera de la patria la más hermosa de las labores, la más espiritual y conveniente para nuestros intereses... El gran novelista habita en un hermoso inmueble, medio hotel, medio residencia burguesa, de habitaciones confortables y lujosas, especie de colmena, en donde se albergan gentes que vienen a esta ciudad del placer y del sol, a reposarse o a trabajar, a vivir la vida de quietud y de arte, sin darse para nada a la febril existencia en que se agita un mundo cosmopolita, ávido de actividades que desgastan lo físico y lo moral. Blasco Ibáñez viene a trabajar, y como es una verdadera hormiga, aprovecha el tiempo con creces. Cuando necesita algún reposo abre uno de los cuatro balcones de su instalación y pasea la mirada por el hermoso panorama que se ofrece a su vista. A sus pies, inmediatamente, son jardines que descienden en escalones hasta el mar; jardines pequeños, elegantes, adornados con palmeras, y en los que se desarrolla una espléndida vegetación tropical. A la izquierda, la carretera de Italia. Y en frente, el Mediterráneo, azul, luminoso, como el de Valencia. Pasan antiguas *tartanas*, con sus velas latinas, embarcaciones que recuerdan las de nuestra costa valenciana, ya descritas tan admirablemente por el maestro en su *Flor de mayo*. Pero Valencia es llana, playa de arena, y esto es costa. A espaldas de la casa empiezan a elevarse los Alpes Marítimos, cuyas cumbres más altas están coronadas de nieve. Mirando a la derecha se domina todo Montecarlo, con sus soberbios hoteles y su renombrado Casino, rematados todos por cúpulas y por torrecillas. Más allá, el peñón en que está el viejo Mónaco, con su castillo del Príncipe. Enfrente, la inmensidad del mar, que en algunos días claros, al salir el sol, deja ver la lejana silueta de Córcega. Y al pie de las montañas italianas, junto al mar, los blancos caseríos de Vintimiglia, Berdighera y San Remo...

Blasco Ibáñez trabajaba al llegar yo. Despacho sencillo, improvisado, con centenares de libros, muebles elegantes. Escribe en una mesa grande, procedente de la cocina, la mesa más grande que ha podido encontrar entre todo un mobiliario frágil y bonito, propio de gente rica, que viene a Montecarlo a divertirse. En Madrid y en París el novelista trabaja por la mañana. «Aquí —me dice—, en un país de sol, me paseo por la mañana, oigo los conciertos en los jardines del Casino, y por las tardes escribo. Algunas veces, si no voy a la Opera, prolongo mi trabajo hasta media noche.»

Hablamos de su novela en preparación. Se titula *Los enemigos de la mujer*, título llamativo. Más de la mitad está escrita. Por lo que le oigo, es una novela algo compleja. Por un lado demuestra cómo el amor y la mujer son necesarios para nuestra vida y cómo la desgracia sirve para afinar nuestras sensaciones y hacernos buscar lo que hemos despreciado o nos ha sido indiferente en momentos de triunfo. Es, además, la descripción del nuevo mundo que nace sin darnos casi cuenta de ello, como los romanos que advirtieron la existencia del cristianismo muchísimos años después, o como los contemporáneos de la Revolución francesa, que no sospecharon su alcance, apreciado solamente por las generaciones venideras. La guerra ha hecho una reversión de los valores sociales. Todas las instituciones históricas están por tierra. Los ricos de antes son en gran parte los pobres de ahora. Muchos bohemios de la industria se han convertido desde 1914 en archimillonarios. Las grandes monarquías, que aún resisten, se esfuerzan por ser lo menos monárquicas posible. Las nuevas repúblicas tienen como jefes a antiguos revolucionarios... Blasco Ibáñez habla con el verbo fogoso del artista.

«Un profesor de universidad americana —me dice— es el árbitro de los destinos del mundo. Napoleón, Alejandro y tantos hombres de espada, resultan insignificantes si se compara su acción, restringida a un solo continente, con la de Wilson, hace quince años oscuro y desconocido y que hoy legisla para toda la tierra. Los diplomáticos de la antigua escuela murieron con los imperios autócratas. Hoy, en el Quai d'Orsay, arreglan el mundo ministros de lejanas comarcas, que eran hace diez años pastores de ganado, labriegos o mineros en América, África y Oceanía. Tal vez en España, que está al extremo de Europa y tarda a enterarse de las cosas, no ven esto con claridad. Pero el mundo ha cambiado totalmente, y aún no se ha llegado a la cristalización definitiva. El mundo hierve y nadie sabe cuándo terminará el hervor. Aún está latente el bolcheviquismo de Rusia. Alemania empieza a agitarse, y otros pueblos aún no se han manifestado... Mi novela es la de los supervivientes de esta catástrofe mundial, de los que eran felices y ricos antes de la guerra y ahora están en la playa desnudos, después del naufragio. Es también la novela de la voluntad de vivir y gozar, que anima a los humanos y los empuja hacia el placer apenas pasado el peligro. Por eso transcurre su acción en Montecarlo. Aún no está firmada la paz, millones de seres están sin viviendas, o lloran a sus muertos, y, sin embargo, se divierte la gente de manera rabiosa, con ansia de resarcirse de cinco años de tristezas y de dolores. Nunca se ha bailado tanto como hoy. Todos los cafés elegantes, todos los grandes hoteles de la Costa Azul, tienen *té-tango*. El tiempo, como ves, no puede ser más hermoso. La primavera avanza atropellando la crueldad del invierno. “—¡Ay!, la tierra ignora nuestros dolores... y la vida también”... Esta es la conclusión de mi novela, que no se publicará hasta junio.»

Había oído en París al corresponsal de *La Nueva República*, de Nueva York, hablar del clamoroso éxito literario alcanzado por nuestro ilustre compatriota en los Estados Unidos con la publicación de su novela de la guerra *Los cuatro jinetes de la Apocalipsis*. Al referirme a esto, Blasco Ibáñez no puede ocultar el asombro que le ha producido su clamoroso éxito. Está como aturdido. Ya se habían traducido allá *La barraca*, *Sangre y arena*, etc., pero habían constituido éxitos de novelista extranjero. Muchos artículos de crítica elogiosos y una venta de 5 o 6000 ejemplares.

—Realmente, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* —dice el maestro— es uno de mis mejores éxitos. En todas partes declararon algunos críticos que era la mejor novela sobre la guerra. En España, como en Francia, Italia, Holanda, al publicarse las traducciones, esto se dijo. Pero como venta, poco más o menos, como otras novelas mías. Nada que se saliese de los límites ordinarios. Vendí los derechos de traducción a una de las casas editoriales más reputadas de Nueva York. Recibí dos ejemplares de la traducción, con el título *The Four Horsemen of the Apocalypse*, hermosa edición, elegantemente impresa y encuadernada, a dos dólares ejemplar. Pasaron dos meses y un día recibí un fajo enorme de cartas de los Estados Unidos, de *misses*, que pedían mi retrato y me preguntaban *si yo era yo*. Las había también de reverendos pastores, ansiosos de conocer mi opinión sobre ciertas interpretaciones del Apocalipsis. Me tomaban por exégeta. Creí que aquello sería broma, pero el correo aumentaba semanalmente. En la correspondencia llegaban cartas de españoles establecidos allá, de sociedades españolas, que son muchas en los Estados Unidos, de hispanoamericanos residentes en la América del Norte, todos muy contentos de que un compatriota hiciese hablar tanto de él en un país que se acuerda poco de España. Recibí centenares de periódicos y de anuncios a la americana, enormes, ruidosos, en los que aparecía mi nombre en grandes caracteres y con el elogio de «la novela de la guerra», como la llaman allá por antonomasia. En octubre habían salido veinte ediciones, y desde entonces la venta es de 20 o 30 mil ejemplares por mes. Los agentes literarios y los editores envidiosos del mío se encargan de hacerme saber la marcha vertiginosa del libro. Hoy van vendidos más de *doscientos mil ejemplares*, y muchos me dicen que llegará a trescientos mil. ¡A dos dólares! Mi éxito es fulminante, si se quiere brutal, que, como ves, me tiene aturdido...

Mira esto —y enseñaba cartas y periódicos—, verás incidentes algo cómicos. Los periódicos quisieron publicar mi retrato, y, como no los había, sacaron fotografías del retrato al óleo que hace trece años pintó mi fraternal amigo Sorolla, y que figura en la

Sociedad Hispanoamericana de Nueva York, fundada por el multimillonario y célebre hispanófilo Mr. Huntington. En cuanto a mi vida, ¡qué de cosas han escrito! Una literata dijo que mi nombre era un seudónimo y yo un inglés que había vivido en Argentina mucho tiempo. Otra afirmó que yo era un revolucionario ruso que quería ocultar su verdadera personalidad. No podían creer que un español hubiese podido escribir una novela así sobre la guerra. ¡La idea que tienen de nosotros! Yo estoy satisfecho, más como español que como escritor...

—¿Y el éxito pecuniario?

—Es lo amargo. Mis anteriores novelas las cedí en un 15 por 100 cada ejemplar. En esta me dieron mil dólares por los derechos. No ha sido buen negocio. De haber hecho como con las anteriores, el 15 por 100 representaría una fortuna: trescientas mil pesetas. Siempre el dinero de la literatura parece embrujado. Cuando se le espera no viene, y cuando viene inesperadamente, tuerce el camino y va al bolsillo de otro. No puedo, sin embargo, quejarme, porque mis editores son unos caballeros. Hace pocos días recibí un cable que empezaba así: «Dígnese aceptar, como compensación, el regalo de...» Hay que advertir que yo no me había quejado. ¿Y la forma del envío? ¡Unos caballeros!

—Y ¿cuánto?

Blasco Ibáñez hace un gesto. Y añade:

—Eso solo puede interesarme a mí, y estoy satisfecho. Además, si los *Cuatro jinetes* siguen galopando por todos los Estados Unidos espero que lleguen otros cables como este.

Al novelista se le ha invitado a ir a los Estados Unidos. Dejémosle la palabra.

—Se me ha invitado a recorrer todo Norteamérica. Sé por experiencia lo que es un viaje de conferencista, lo terrible de los banquetes, las visitas, estrechar un millón de manos, los viajes, el esfuerzo para ser agradable y que nadie se ofenda, no dormir tres noches seguidas en el mismo lecho, vida agitada de matador de toros en verano. Y yo estoy muy bien como estoy, escribiendo y viviendo. Tengo la manía de que en esta época de adelantos higiénicos el que no llega a los ochenta años muere en el ridículo. Y yo deseo llegar. ¡Es tan interesante nuestra época! ¡Queda tanto por ver! Y yo deseo enterarme personalmente de en qué parará todo el barullo presente... Pero, por otro lado, son los españoles allá residentes, son los hispanófilos americanos, los que me piden que vaya. Hablaré, según ellos, en español en ciertas universidades y en las sociedades

españolas. Podré hablar nuestra lengua en California y en los Estados de Sur, vecinos a México. Puedo escribir mis conferencias para los grandes teatros y el gran público.

Montecarlo, 3 marzo 1919